

El hombre del piano

Elías limpiaba el edificio de noche porque de día le daba vergüenza ocupar espacio.

Nadie se lo había dicho así.

No hacía falta.

Hay personas que aprenden temprano a caminar como si estuvieran de paso, incluso en lugares donde llevan años trabajando.

Por eso nunca tocó el piano del vestíbulo.

No era suyo.

Ni el edificio.

Ni el silencio.

Ni siquiera las manchas que limpiaba cada madrugada como si él las hubiera causado.

El piano estaba junto a la pared de mármol, debajo de un cuadro enorme que nadie miraba. Era negro, brillante, demasiado elegante para un lugar donde la gente entraba mirando el teléfono y salía hablando de cosas importantes. De día, servía para decorar. De noche, parecía esperar.

Elías lo limpiaba al final.

Siempre al final.

Pasaba el paño por la tapa cerrada, por las patas, por el banco. Lo hacía con cuidado, casi con disculpa, como si el piano pudiera ofenderse por el polvo o por la mano de un hombre que usaba uniforme gris y zapatos gastados.

Nunca levantaba la tapa.

Nunca miraba las teclas.

Un piano cerrado no pedía nada.

Eso le gustaba.

Aquella madrugada, sin embargo, encontró una tecla hundida.

Una sola.

Blanca.

Callada.

Elías se quedó quieto con el paño en la mano.

Miró alrededor.

El vestíbulo estaba vacío. Las oficinas dormían arriba, llenas de escritorios limpios, fotografías familiares y tazas con frases optimistas que nadie cumplía. La cámara de seguridad parpadeaba en una esquina. El aire acondicionado hacía ese ruido de garganta vieja.

Elías se acercó al piano.

La tecla seguía hundida.

No sonaba.

Eso fue lo peor.

Si hubiera sonado, habría podido asustarse.

Pero el silencio de aquella tecla parecía más una acusación que un misterio.

Elías levantó la mano.

La dejó en el aire.

Luego la bajó.

—Perdón —dijo.

No supo a quién.

Al día siguiente, la tecla estaba en su lugar.

Elías quiso convencerse de que alguien la había tocado. Pacheco. Un visitante. Un niño. Una persona cualquiera con derecho a hacer ruido.

Eso pensó mientras vaciaba papeleras, recogía vasos desechables, limpiaba huellas de café en mesas donde nunca se sentaba. En el piso veintitrés encontró una tarjeta de cumpleaños dentro de un basurero. Decía: “Para alguien que siempre nos alegra el día”. No tenía firma. La dejó donde estaba.

Al bajar al vestíbulo, el piano lo esperaba cerrado.

Elías pasó de largo.

No lo limpió.

Fue la primera vez en siete años.

Llegó hasta la puerta de servicio, metió la llave, giró.

Entonces escuchó una nota.

No fuerte.

Una nota pequeña, casi equivocada.

Elías se quedó con la mano en la llave.

Esperó.

Nada.

Volvió despacio.

El piano seguía cerrado.

La tecla blanca estaba hundida otra vez.

La misma.

Elías sintió algo en el estómago, no exactamente miedo. Esto se parecía más a cuando alguien decía su nombre desde otra habitación y él sabía que no lo llamaban para algo bueno.

—Yo no fui —dijo.

Eso lo hizo sentirse más ridículo.

A la tercera noche, encontró una hoja sobre el banco.

No estaba escrita en papel bonito. Era una hoja arrancada de una libreta de oficina, doblada en dos.

Elías miró hacia la cámara.

Después hacia los ascensores.

Después hacia el piano.

No tocó la hoja durante varios segundos. Era extraño tener miedo de un papel. Más extraño era entender que no temía al papel, sino a que estuviera allí para él.

La abrió.

Estaba en blanco.

Ni una palabra.

Ni una marca.

Elías la miró durante mucho tiempo.

Y aun así entendió: no limpies esto.

No lo leyó.

Lo entendió.

Guardó la hoja en el bolsillo del uniforme y terminó su turno antes de tiempo.

Esa mañana no durmió bien.

Soñó con una casa de paredes húmedas y una mujer diciendo desde la cocina:

—No toqués eso.

En el sueño, Elías era niño. Estaba de pie frente a un piano pequeño, de juguete quizá, o quizá no. No pudo verlo completo. Solo vio su mano extendida y oyó la voz otra vez.

—Eso no es para vos.

Despertó antes de tocar nada.

Se sentó en la cama con la camisa pegada al pecho.

El cuarto estaba oscuro, pero no lo suficiente.

Hay recuerdos que no regresan como imágenes.

Regresan como órdenes.

Esa noche llegó temprano al edificio.

Pacheco, el guardia de la entrada, apenas levantó la vista.

—Turno largo hoy —dijo.

Elías sonrió como sonreían los hombres que no querían explicar nada.

—Como siempre.

Pacheco volvió a su teléfono.

Elías entró.

El piano estaba allí.

Cerrado.

Elías limpió los baños, las oficinas, los pasillos. En el piso doce, alguien había dejado una mancha de salsa en la alfombra. Se arrodilló para limpiarla y pidió perdón cuando el cepillo golpeó la pared.

Nadie lo escuchó.

Al bajar al vestíbulo, encontró otra hoja.

Esta vez estaba sobre la tapa del piano.

Elías la abrió.

También estaba en blanco.

Pero el blanco no parecía vacío.

Elías sintió rabia.

La rabia no le quedaba bien. Le quedaba como ropa prestada. Aun así, la sintió.

—No puedo —dijo.

La frase salió demasiado rápido.

Elías miró sus manos.

Tenía las uñas cortas, la piel reseca por los productos de limpieza, una pequeña cortada en el pulgar. Manos útiles. Manos que sabían escurrir un trapeador, cargar bolsas y sostener puertas para otros.

No manos para un piano.

Eso pensó.

Y en cuanto lo pensó, oyó otra voz.

No era la del edificio.

No era la del piano.

Era más vieja.

Más suya.

Eso no es para vos.

Elías retrocedió.

La hoja cayó al piso.

Durante varias noches evitó el vestíbulo hasta el final. Luego hasta después del final. Limpiaba todo y se iba por la salida de emergencia. No miraba el piano. No decía perdón.

Pero el piano empezó a aparecer en otras partes.

No el piano completo.

Eso habría sido imposible.

Aparecía en fragmentos.

Una tecla blanca dibujada en el espejo empañado del baño de hombres.

Una línea de polvo sobre su carrito de limpieza, recta, negra, como una tecla larga.

Elías dejó de dormir.

O dormía, pero mal.

Una tarde, en el supermercado, se quedó mirando las manos de un muchacho que contaba monedas. Dedos rápidos, seguros, vivos. Elías tuvo ganas de decirle que los usara bien. Que no los gastara solo cargando cosas que otros dejaban.

No dijo nada.

Compró pan, café instantáneo y atún en lata.

En la caja, Marta le preguntó si quería bolsa.

Elías dijo:

—Perdón.

Marta lo miró raro.

Él pagó y salió.

Esa noche llovía.

El edificio olía a ropa mojada y desinfectante. Los ascensores subían y bajaban vacíos, obedeciendo llamados que nadie hacía. Elías limpió menos de lo necesario. Dejó una papelera sin vaciar en el piso nueve. Una taza sucia en la sala de juntas.

Se sintió criminal.

Después se sintió libre.

Muy poco.

Al llegar al vestíbulo, el piano estaba abierto.

Por primera vez.

Las teclas parecían dientes.

Elías quiso reírse.

No pudo.

Sobre el atril había una tercera hoja.

La tomó con dos dedos.

En blanco.

Por supuesto.

Pero esta vez el silencio de la hoja no le pidió nada.

Le preguntó.

¿Cuánto tiempo más vas a pedir permiso?

Elías se sentó en el banco.

Lo hizo sin pensarlo.

Quizá por eso pudo.

El banco crujió bajo su peso. Elías se levantó de inmediato, como si hubiera roto algo.

Miró alrededor.

Nadie.

Volvió a sentarse.

Más despacio.

La cámara seguía parpadeando. El aire acondicionado seguía con su garganta vieja. Afuera, la lluvia golpeaba los vidrios como dedos impacientes.

Elías puso las manos sobre las rodillas.

No sabía tocar.

Eso era importante.

No había música guardada en él. No había talento secreto. No había infancia rescatada esperando salir en una melodía perfecta. Había un hombre de uniforme gris sentado frente a un piano ajeno, con las manos secas y miedo de hacer ruido.

Eso era todo.

Y aun así, algo dentro de él temblaba como si estuviera a punto de nacer.

Levantó un dedo.

El índice derecho.

Lo acercó a una tecla blanca.

La misma.

Antes de tocarla, escuchó una voz detrás de él.

—Ese piano no se toca.

Elías no se movió.

Pacheco estaba junto a los ascensores, con el teléfono en la mano y la cara de quien acaba de encontrar a alguien haciendo algo indebido.

—Es decoración —dijo—. Ya sabe.

Elías miró la tecla.

La voz vieja apareció de nuevo.

Eso no es para vos.

Luego otra.

Perdón.

Luego otra.

No ocupes.

No pidas.

No suenes.

Elías cerró los ojos.

Esperó sentir vergüenza.

Llegó, sí.

Pero llegó tarde.

—¿Me oyó? —preguntó Pacheco.

Elías abrió los ojos.

Vio su dedo sobre la tecla. Vio el polvo en la madera. Vio su reflejo partido en el brillo negro del piano: un hombre pequeño, cansado, inclinado hacia algo que no le pertenecía.

Entonces entendió que había pasado la vida entera confundiendo respeto con desaparición.

No fue una revelación hermosa.

Fue incómoda.

Como sentarse derecho después de años encorvado.

Pacheco dio un paso.

—Elías.

Era la primera vez en mucho tiempo que su nombre sonaba como una advertencia.

Elías no pidió perdón.

Tocó.

Una sola nota.

Mala.

Dura.

Demasiado fuerte para el vestíbulo vacío.

La nota subió por las paredes de mármol, golpeó el cuadro enorme, entró en los ascensores, despertó las oficinas dormidas, atravesó la cámara de seguridad, la lluvia, el uniforme gris, las manos reseacas, la casa de paredes húmedas, la voz de la cocina, la frase vieja, la vergüenza antigua.

Después se apagó.

El silencio volvió.

Pero ya no encontró el mismo lugar.

Pacheco no dijo nada.

Elías tampoco.

Miró el piano abierto, su dedo todavía temblando sobre la tecla.

No se sintió libre.

No se sintió valiente.

No se sintió otro.

Solo sintió que algo suyo, por fin, había ocupado espacio sin pedir permiso.

Pacheco recogió la hoja del atril.

—No tiene nada escrito —dijo.

Elías la miró.

Blanca.

Limpia.

Mucho más terrible que si hubiera tenido palabras.

Pacheco la arrugó.

—Va a tener problemas por esto.

Elías bajó la mano.

La palabra perdón llegó hasta su boca.

Se quedó allí.

Mordiéndole la lengua.

Haciéndole compañía.

Pacheco tiró la hoja en el basurero de recepción.

Elías la vio caer entre recibos, vasos de café y papeles que nadie iba a leer.

Entonces entendió algo peor.

La hoja nunca le había dicho que tocara.

El piano tampoco.

Nadie lo había llamado.

Nadie lo había elegido.

Toda esa música había surgido de un lugar más incómodo.

De la parte de él que, después de tantos años callada, ya no quiso pedir permiso para inventarse una orden.

Elías miró el basurero.

Luego el piano.

Pacheco seguía esperando una disculpa.

Esta vez, Elías no se la dio.

Solo levantó el dedo otra vez.

Y tocó la segunda nota.